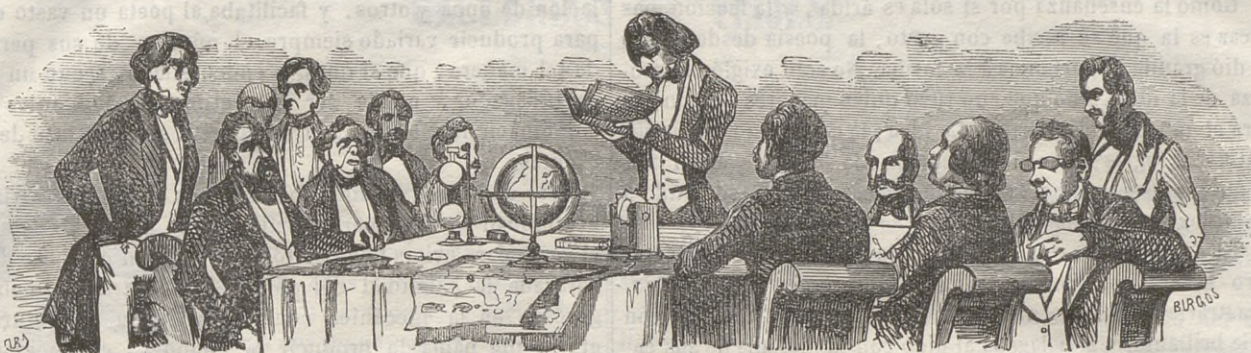




LA ACADEMIA.

PERIODICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

ESTUDIO SOBRE LA POESIA MODERNA

COMPARADA CON LA ANTIGUA, Y TEORIAS SOBRE EL CONSONANTE.



oseibo de una afición decidida por la poesía, y abrigando el sentimiento de que el poeta es el maestro mas querido y mas poderoso de la humanidad, hacia tiempo que me parecía notar con dolor empañado su prestigio, y si no menospreciado, deprimido el mérito de las composiciones poéticas. A mí no me parecía ver á los poetas modernos enaltecidos como los antiguos; yo no veía las odas, las tragedias ó los poemas resonar entre los aplausos de la muchedumbre, y si veía á los simples prosistas, á los meros contadores de novelas, ser el idolo de públicos inteligentes é ilustrados, al paso que la poesía moribunda, apenas daba señales de vida en libros poco menos que desdeñados, ó en ensayos dramáticos poco felices. Veía á la tragedia misma, esa creación sublime de la antigüedad, ese lamento heroico del infortunio, á pesar del infatigable esfuerzo de las inteligencias modernas, extinguirse lánguidamente en los labios de una actriz eminentísima, cuyo maravilloso talento no parece capaz de reanimarlo; y sobre todo veía, con un asombro que no podía explicarme, que nadie se admira ya de oír decir que las composiciones poéticas deben ser cortas; tan seguro es el hastío que producen indefectiblemente las largas.

Consideraba al mismo tiempo que el público no es injusto, y que si lo es alguna vez, no lo es por mucho tiempo; que por consiguiente alguna causa poderosa debía motivar semejante resultado; y que esa causa debía existir en la esencia de la misma poesía moderna; porque no parece posible que todos los poetas de los últimos siete siglos hayan sido constantemente inferiores á todos los que los han precedido. La invención pues de esa causa habia de ser de gran trascendencia y podría causar una revolución en la literatura; por lo que su inquisición ha sido por mucho tiempo el objeto de mis indagaciones. He observado, he

comparado; y me parece que puede ser útil dar al público el resultado de mis observaciones, que ofrezco casi sin atreverme á formar juicio sobre materia tan dudosa y tan controvertida. El público, y sobre todo los inteligentes examinarán la cuestión; la discutirán si lo mereciese, y si en ello saliere mal parada nuestra poesía, como lo temo, se inquirirán al mismo tiempo los medios de vivificarla, de robustecerla y de elevarla á aquella altura que le corresponde y de donde nunca debió haber descendido.

Comenzaremos definiendo é inquiriendo desde el principio, por qué no se puede juzgar una cosa sin conocerla, ni conocerla sin saber su historia. Indagaremos lo que es la poesía, cuál es el objeto del verso, si lo llenaron los antiguos, si lo llenan los modernos, y las causas que puedan producir uno y otro resultado. El todo, no con aquella extensión de que es susceptible el asunto, porque para esto deberían llenarse volúmenes, sino con aquella que sea necesaria solo para apuntar hechos y observaciones que sirvan si no para decidir, para iniciar la cuestión.

La poesía, creo que puede definirse, la expresión de las mejores ideas en el mejor estilo. Consta por tanto de dos partes: de arte y ciencia. La idea es la ciencia: la versificación el arte. El que reuna las dos es el poeta. No se concibe otra cosa mejor mas allá de la poesía; todo lo que puede mejorarse no es poético. Así la poesía ocupa el primer lugar en la literatura: el poeta el primero entre los literatos. Así se llamó antiguamente á ese lenguaje, el de los dioses, y á los poetas, divinos. No solo encantaban con sus acentos, sino que enseñaban con sus doctrinas. No solo levantaban muros con sus liras, llevaban al combate al guerrero, y estasiaban á millares de oyentes, sino que constituían y enseñaban las leyes del cielo y de la tierra, legislaban para los dioses y para los hombres, formulaban los códigos y las mitologías, fueron la primera enseñanza de los pueblos, y casi todas las legislaciones primitivas, divinas y humanas, como el Alcorán y la Biblia, se escribieron en verso. La poesía antigua era pues un magisterio, un placer y un sacerdocio.



Como la enseñanza por sí sola es árida, y la lección mas eficaz es la que se recibe con gusto, la poesía desde luego le dió grande importancia á la forma. No solo exigió la grandeza de la idea, sino que aun tuvo quizá mayores exigencias para el modo de espresarla. La idea, la ciencia no podia someterse á reglas; pero sí la locucion, la forma; y así el modo de espresarse el poeta, fué desde el principio sometido á las inflexibles reglas del arte.

El estilo claro, correcto y propio podia llenar el objeto; pero si era apasionado habia de interesar, si enérgico, arrastraría, si se adornaba con las galas de la imaginacion seria brillante, y si halagaba al oído con la melodía de sus cadencias tendria todas las cualidades que pudiera tener. Así, aspirando la poesía al puesto supremo, tolo lo ha exigido á su locucion; y aspirando con el ahinco de la fè, llevó sus preceptos hasta la intolerancia, y su inflexibilidad casi hasta la tiranía.

No solo quiso que su lenguaje fuera claro, correcto, propio, apasionado, enérgico, brillante de imágenes, sino que exigió tambien la melodía de los sonidos, y esta última parte era quizá de las mas difíciles. El canto carece de propiedad, de naturalidad; no todos los hombres son aptos para él: las inflexiones de la voz en el recitado tienen una escala infinitamente menor que en el canto, porque se sabe que el orador apenas puede estender á mas de una cuarta el campo músico que haya de recorrer en su discurso; y así es, que habia de tocarse el gravísimo inconveniente de la monotonía, que es sinónimo de hastío, si habian de encerrarse los períodos de la poesía en unos limites todavia mucho mas estrechos que los del diapason musical.

Por lo que, á pesar de la ingeniosa estructura de los versos antiguos, que podian escribirse entre compases, con notas y aun con corcheas y signos musicales, y á pesar de cuanto se ha dicho del canto de los poetas antiguos, yo me inclino á creer que, aparte de la poesía lírica, la elevada, la seria, la estensa y sublime del poema y de la filosofía no buscaba probablemente su apoyo en las diferencias de entonación, en la mayor ó menor agudeza de los sonidos, en lo que hoy llamamos canto, en suma, que no era cantada, sino recitada ó declamada, en la entonación que se habla naturalmente, porque nada que deje de ser natural agrada de un modo duradero. De consiguiente, no creo que debemos considerar la locucion poética como un *cantabile*, sino como una prosa elevada, siempre sostenida y armoniosa. Ahora bien, el periodo para ser armonioso no necesita mas que ser fluido, completo, rotundo; y así es que la poesía, si todo esto es cierto, no ha de considerarse sino como un conjunto forzado de periodos fluidos, completos y armoniosos, que fué probablemente lo que recibió el nombre de versos.

En este arreglo forzado de las frases ó periodos era todavia mucho mas temible el escollo de la monotonía, porque si eran muy cortos podrian desdeñarse de la dignidad del asunto; si muy largos, podrian fatigar la inteligencia del oyente y el aliento del recitante, y si todos eran iguales habian de producir indefectiblemente aquel vicio que se trataba de evitar á toda costa. La versificación elevada antigua procuró sábiamente llenar todas aquellas exigencias y evitar todas estas dificultades. Contrayéndonos al heróico latino, que es el exámetro tomado del griego, y que por su noble destino es el que merece la mayor atención, vemos que cumple todas estas condiciones.

No podia constar de menos de catorce sílabas, cuya estension es susceptible de toda la gravedad y elevacion necesaria; le era lícito estenderse hasta diez y siete que pueden pronunciarse fácilmente sin fatigarse; eliminaba así la igualdad simétrica y monótona, permitiendo la variada interpo-

lacion de unos y otros, y facilitaba al poeta un vasto campo para producir variado siempre el número de sus periodos: de tal manera, que si nuestro endecasílabo, segun un curioso indagador, puede ser susceptible de quinientas ocho combinaciones, los exámetros podrian serlo de mas de setecientas.

Sin embargo, aunque los antiguos creian necesaria esta flexibilidad en el número de sílabas que habian de componer el verso para evitar la monotonía, y dejaban campea desembarazada la habilidad del poeta, eran estremadamente rigurosos en la mecánica confeccion de su estructura que era lo que habia de producir la melodía, el placer material del sentido del oído. Conocian todo el valor de las reglas; sabian que eran la vida del arte, como las leyes la de las sociedades, y las dictaron para la versificación con una escrupulosidad que quizá no alcanzamos á conocer en toda su estension.

Los exámetros podian constar de mas ó menos sílabas; pero sea cual fuere su número, habian de encerrarse en seis partes, que ellos llamaban pies, y cada uno de los cuales habia de constar de mayor ó menor número de sílabas, segun fueran breves ó largas. De manera que su metro, no solo consistía en el número de sílabas, sino en el tiempo que se habia de invertir en pronunciarlas. Así es que la versificación antigua se asemejaba mucho ó era una verdadera composicion musical, y puede decirse que cada verso era una parte, cada pié un compás, y cada sílaba una nota, dándole al mismo tiempo la variedad necesaria para escluir la monotonía; porque en cada pié podian entrar mas ó menos número de sílabas segun fueran largas ó breves, como en cada compás pueden entrar mayor ó menor número de notas, segun sean semínimas ó corcheas.

Nosotros, ya sea por una organizacion auricular menos delicada, como creen unos, ó porque no estamos bastante acostumbrados ó adelantados, como creen otros, ó por todas esas causas reunidas, lo cierto es, que no percibimos de lleno el efecto de ese mecanismo musical de la versificación antigua, porque no comprendemos la teoria de sus acentos, pérdida para nosotros; no sabemos cuales eran sus sílabas largas ó breves, ni cual era el valor de sus diferentes acentos, porque no tenemos mas que uno, y solo hemos conservado los otros en el nombre, ó para usos distintos; de suerte, que tampoco podemos comprender toda la armonía de que podian ser susceptibles sus versos; no sabemos que clase de inflexion y valor daban á sus sílabas, y solo podemos graduarlo por el que damos á las nuestras, todavia bastante informes, en comparacion á las suyas; pero si comprendemos toda la sabiduría del mecanismo de su versificación, y aun podemos presentir quizá que con reglas fijas para todas las sílabas, podria ser la buena confeccion del verso un resultado forzoso de su observancia.

De consiguiente puede decirse que el verso heróico antiguo, á pesar de la imperfeccion con que lo conocemos, podia llenar todas las condiciones bastantes para agradar siempre al oído sin fatigarlo. Estension análoga á la dignidad del asunto y al aliento del recitante; variedad para evitar la monotonía, y reglas musicales para el mecanismo, a fin de producir forzosamente periodos fluidos, rotundos y armoniosos.

En el siguiente artículo examinaremos si la versificación moderna cumple con los mismos requisitos.

C. BERNAL.

RECUERDOS DE VIAJES.

ROMA.

En Roma todo es grandioso, todo digno de la inmortalidad, y el que considere que esa ciudad fundada hace dos mil y quinientos años subsiste todavía, no solo con sus tradiciones y recuerdos, sino con sus monumentos; el que observe que Roma ha sido saqueada e incendiada, y ha sufrido en distintas épocas todos los desastres y desgracias que sufrir pueden los pueblos, sin que jamás haya sido destruida; el que contemple que entre sus propias ruinas se han encontrado siempre materiales para repararlas y aun embellecerlas, no podrá desconocer la justicia con que se ha dado á Roma el título de *eterna*. En vano la invadieron los bárbaros: en vano sufrió las devastaciones de sacrilegos conquistadores: Roma está en pie, y si sus monumentos y ruinas recuerdan su historia, la historia mas gloriosa que se conoce; si las obras maestras con que la han enriquecido las nobles artes revelan su riqueza y su ilustración presente; el convencimiento de que ni sus recuerdos serán inútiles, ni infructuosa su ilustración, elevará á verdad profética e indudable el honroso porvenir de la ciudad *eterna*. Fué grande, es eterna, y, no lo dudemos, sabrá conquistar y adquirir otros títulos no menos gloriosos é imperecederos.

Pero á mi ver Roma es mas digna de atención por las ruinas ó restos de sus edificios antiguos, que por sus monumentos modernos, y mas grande por sus recuerdos que por su estado presente. La magnificencia de los edificios modernos, la suntuosidad de sus iglesias, la riqueza sor-

prendente de sus museos, me han causado menor admiración que los restos de sus templos antiguos, de sus termas de sus acueductos, y de otros edificios que llaman la atención de los viajeros.

Entre esas ruinas es tal vez la mas admirable la del coliseo. Vespasiano dispuso la construcción de ese anfiteatro, que se llamó *Coloseo* por su gigantesca magnitud y capacidad, y que no vino á concluirse hasta el tiempo de Domiciano. Allí se daban combates de gladiadores y de fieras y otros juegos sangrientos. Las primeras fiestas que se celebraron duraron cien dias, y en ellas murieron cinco mil fieras y muchos gladiadores. Allí se daban tambien combates navales, porque era muy fácil inundar el piso; y á tantas y tan variadas fiestas y espectáculos asistía una concurrencia que ningún edificio moderno, cualquiera que sea su dimension, podría contener. En el siglo XIV, se dieron allí torneos, y aunque el edificio ha dado materiales para los mas grandes palacios de Roma, aunque le falta una gran parte, se pueden calcular con exactitud las dimensiones y reconocer la grandeza y magnificencia de la obra. El anfiteatro tenia exteriormente tres órdenes de arquerías, colocadas una sobre otra, y en medio de los arcos habia columnas que los sostenian: el cuarto piso estaba adornado de pilastras y sembrado de ventanas. Los arcos del primero están marcados con números romanos, porque, segun parece, servian de entrada para las escaleras que conducian á los pórticos superiores, y así los espectadores podian entrar y salir sin confusion y en muy breves instantes. Entre los números treinta y ocho y treinta y nueve está la entrada por donde los emperadores iban al *Podium*.

En el mismo lugar en que combatian las fieras y los gla-



diadores, derramaron su sangre algunos mártires, que fueron condenados á ser despedazados por aquellas. Por esto se han erigido allí altares en que se reza el *Via-crucis*, principalmente en los viernes, y allí el peregrino que en silencio está orando, no es interrumpido por el viajero que con religioso respeto contempla los restos de aquel magnífico edificio. El peregrino mueve lentamente las cuentas de su rosario, el viajero escribe ó dibuja en su Album, y el uno y el otro tienen en su mente un mismo pensamien-

to, el de un poder que ya no existe, pero cuyos recuerdos son y serán indelebles en la memoria de los hombres.

Allí tambien me encontraba yo en uno de los dias del mes de marzo de 1848. El silencio de aquel lugar, los recuerdos que inspiraba, las revelaciones que me figuraba recibir de aquellas piedras por las cuales han pasado tantos siglos, la idea de la sangre que allí se habia derramado me hacian examinar con el mas religioso recojimiento de espíritu, unas ruinas que ya habia visto otras veces, pero que

en aquel día me parecían mas elocuentes y dignas de atención. Allí meditaba en lo que fué Roma antes de que aquel edificio revelase el poder de los Cesares, en lo que era cuando el pueblo romano asistía á las fiestas que estos daban, en lo que será probablemente dentro de algunos años, y mis meditaciones fueron interrumpidas por el bullicio que había en esa misma Roma. ¿Qué causa habrá para tal bullicio? Con el deseo de averiguarlo dejé el coliseo, no examiné como pensaba ni el palacio de los Cesares, ni las termas de Caracalla: despues, me dije, podré hacerlo. Entré en el coche, y no miraba con atención los arcos de triunfo, ni los templos, ni el foro por donde pasaba. El bullicio seguía, y al llegar al Corzo me pareció que veía á toda la población que venia desde la plaza del pueblo. Así era en efecto: se cantaban himnos patrióticos, y ancianos, y mugeres y niños y hombres hacían las demostraciones mas cla-

ras de alegría. Vamos, decían, al *Quirinal*, al palacio en que habita Pío IX, y yo me incorporé con la multitud y todos llegamos á la plaza de aquel palacio. No es posible pintar la alegría que representaban todos los semblantes. ni coordinar todos los gritos, aclamaciones y cánticos. Ese bullicio estrepitoso cesó empero de repente: á él sucedió un respetuoso silencio. ¿Quién causó esta repentina transformación? Pío IX que salió al balcon, alzó los ojos al cielo, y en voz sonora entonó su cántico y le acompañó con su bendición.

¡Dichoso el pueblo que teniendo tantos recuerdos de gloria, tiene tambien la satisfacción de verse bendecido por Pío IX! Esa bendición que fue espontánea no será infructífera.

R. DE ARMAS.

EL TRAPERO.

¡De que nos sirve gastar
en vestir tanto dinero,
si todo viene á parar
en la cesta del trapero!

Como en el día hay tal flujo
de vestir con elegancia;
sin ostentar mucho lujo
no es fácil darse importancia.
En Rusia, Inglaterra ó Francia
se ha dado hoy día en juzgar

por el traje al caballero,
sin conocer ó mirar
que todo viene á parar
en la cesta del trapero.

Hay gente que en su altivez
me ha desdenado bastante
por no verme alguna vez,
lo que se llama elegante.
Yo siempre el mismo, no obstante;
porque he llegado á pensar



que es un grande majadero
quien no sabe calcular
que los trapos van á dar,
á la cesta del trapero.

Un hombre siempre abrochado
aunque á todo el mundo pete,
sobre vivir empotrado,
mas que un hombre es un paquete.
Yo no quiero ser juguete
de un fanatismo vulgar
que me traiga al retortero,
porque no puedo dudar
que al fin todo vá á parar
á la cesta del trapero.

Si yo miro con encono
la elegancia, ó con desden,
es para darme mas tono

que los que visten tan bien.
Es muy natural que estén
algunos, por agradar
con el frac, guante ó sombrero,
sino llegan á alcanzar....
que al fin todo va á parar
á la cesta del trapero.

¿Veis de esa dama el desvelo
por lucir con el ropaje?
¡qué mantos de terciopelo!
¡qué gran mantilla de encaje!
Mas todo hará un buen potaje
cuando se llegue á gastar,
y el gancho diga al pasar:
á este quiero á este no quiero;
pues todo vendrá á parar
á la cesta del trapero.

¿Veis ese otro desdichado
de alma y cabeza de estopa
que porque va almirado
se juzga el hombre de Europa?
Despojadle de su ropa
y ese hombre vendrá á quedar
fuera de los nueve ceros;
pues lo que hoy puede importar
al cabo habrá de parar
en la cesta de un trapero.

Ya comprendo francamente
que en poco agradable arrullo
me maldecirá impotente
el afeminado orgullo.
¿Haré caso del murmullo?
¿Podránme acaso insultar
con su tonillo altanero?
Yo lo oiré sin replicar
que si alguien me ha de vengar
es el gancho del trapero.

J. M. VILLEGAS.

NUEVA ERA DRAMÁTICA.

Después de un largo periodo de crisis por que acabamos de pasar, hemos llegado al día en que se inaugura una nueva era dramática. Sin pertenecer al número de los fanáticos que miden el grado de civilización de un pueblo por el estado próspero ó decadente del teatro, es imposible negar que este es uno de los elementos que contribuyen al esplendor nacional. Representación de la mayor ó menor cultura á que haya llegado el país, la

escena indica el sesgo que toma la razón pública, ya en la afición á obras clásicas de puros preceptos, ya en el amor á ese desvarío de la fantasía que ofrece cuadros, llenos sí de verdad, pero de horror á un tiempo. Hay periodos en que tal ó cual género escénico, en sí mismo muy bueno, tiene que ceder el paso á otro imperfecto según las reglas del arte, y en el estudio de estas transiciones, á veces violentas, puede estudiarse el cambio de las costumbres. Partiendo de esta base, en vez de creer, como vulgarmente se cree, que el teatro influye en los hábitos morales, soy de dictamen que estos influyen en aquel. Por eso, en un periodo dado, goza del aura popular tal autor olvidado en otros días, y, por eso, los escritores dramáticos de mas ingenio han empezado mostrando los arranques de su fantasía y acabado por ser una imagen de su tiempo. El filósofo, en lo escondido de su recinto, puede desconocer el siglo en que vive, trasladándose, en alas de su peculiar vigor, á venideros tiempos; el autor dramático, necesitado y sediento de aplausos, no puede desconocer la afición dominante en sus días; aquel confía en el fallo mudo de la ciencia; este no tolerará repetidamente un desaire que ha de ser visible,

¿Qué, pues, en los próximos pasados días ha podido lógicamente esperarse en nuestros teatros? Lo que habia: cierta confusión de géneros que daba campo al lucimiento del ingenio; pero, que no constituia propiamente un orden de ideas, fijo y determinado. Lope y Calderon santificaron tres ideas en estas tres palabras: Dios, amor, honor. Cronistas fieles de su siglo, al consignar las creencias populares, usaron de la única forma, del atrevido lenguaje, de la poesía, de la libertad de los tiempos; y lo que nos parece ahora osadía, debe llamarse verdad.

Mas, si se estudia paralelamente la historia política y la teatral, se verá que no siempre ésta fué expresión de aquella, y que, por lo tanto, el fanatismo ha erigido en axioma lo que no lo es; á saber, que el termómetro de la civiliza-

ción es la escena. Los tiempos de Carlos III pueden servir para probar que hay prosperidad nacional sin que la revele el teatro, y que, persistiendo en mi idea, este no es escuela, sino espejo. Tan fiel espejo, empero, que Moratin, á pesar de las preocupaciones de su siglo, espresó con maestra verdad la sed de reforma que, en medio de los abusos entonces existentes, sentia la sociedad que lo rodeaba.

Desde aquellos tiempos, no se descubre pensamiento alguno que domine en la escena; pero, nótese ensayos mas ó menos felices y un afán de innovación que es peculiar de la época. La afición al teatro que, por causas naturales, se ha desarrollado harto precipitadamente entre nosotros, ha producido el mal que es consiguiente á todo lo que es prematuro. El deseo motivado de distracción, la necesidad de un recreo que no estorbare demasiado el ejercicio y la libertad de la razón, y que conciliase con estos fines la escasez de recursos domésticos, llenó nuestros coliseos y dió nacimiento á otros. Como no habia preparación, se notó desde luego escasez de teatros, de obras, de actores. A la segunda de estas atenciones se ocurrió apelando al repertorio francés, tan rico y variado, aunque tan poco conforme con nuestros usos. De la imitación de estas obras nació un teatro entre nosotros, que es ese de transición de que he hablado, que representa la confusión y nada mas. Extrañan algunos que, mientras el público tolera y aun aplaude dramas traducidos cuyo mérito es escaso, y cuyas costumbres no son las nuestras, sea tan exigente y descontentadizo cuando se trata de obras originales. Me parece que la contestación á esta observación no es difícil problema. ¿Quién no ve que el público, si solo de recreo se trata, vé y escucha sin asombro y hasta con gusto usos que no son suyos, creencias que no profesa, y que, desde el punto en que un torpe imitador le pinta aquel cuadro como copia de su existencia, lo desconoce y lo silva? Por lo tanto, gozan hasta el día de mas favor los dramas traducidos que los originales.

Sin embargo, hechos ya todos los ensayos, va á empezar una nueva era. Háase dicho, hasta ahora, que la causa de la decadencia del teatro está en la falta de *protección*, palabra mágica que ha sido causa y lo será aun de muchos errores entre nosotros. Ese tema vulgarísimo de que aquí no se *protege*, ha causado innumerables daños, porque, en vez de dejar en libertad al ingenio superior, una de cuyas cualidades peculiares es la independencia, se la ha hostigado, presentándolo en lucha perenne consigo mismo. Ni Calderon, ni Shakspeare, ni Corneille, han necesitado protección ninguna para llegar á ser los reyes de la escena,

y no se pueden citar muchos prodigios salidos de los espléndidos favores ministeriales, aplicados á las letras.

Mas, á fuerza de tanto repetir los lamentos en España, hablando de esa interminable cuestion de teatros, y atribuyendo la notable escasez en todos géneros á falta de proteccion, hemos llegado todos, crédulos é incrédulos, á apetecer que se conceda esa proteccion tan suspirada, aun cuando sirva solo para disipar el error y dar por causa otra que esa. El *Teatro Español*, creado bajo el pié mas brillante y con toda clase de elementos, con ideas y dinero, ambas cosas en abundancia, va á resolver el problema. Vamos á ver si se logra dar á las inverciones dramáticas ese grado de firmeza que solo puede constituir un grado de civilización determinado; vamos á ver si encontramos intérpretes de este pensamiento, no solamente en el discurso, sino en la accion, y vamos, finalmente, á ver si una regularidad oficial estirpa el pandillaje, esa plaga que es el origen evidente de esa decadencia que todos lamentamos.

Al lado del arte asi regularizado tiene que nacer la crítica; crítica que abrace al arte en su vasta estension y que domine en la elevada region de las ideas. Si hasta aquí el acaso no produjo mas que el acaso, de esperar es que haya quienes, constituyéndose en órgano de las públicas necesidades, sigan, paso á paso, de hoy mas, el desarrollo escénico, y con dedo atrevido señalen los triunfos y las derrotas, los bien ganados laureles y los trofeos inmerecidos. Ardua es la tarea, y por eso acometerla es honroso. Ardua, por cuanto, indómitos aquí todos al consejo, no ven en la critica mas que la

enemistad ó la adulacion, sin pensar que hay corazones nobles incapaces de odio, y entendimientos elevados en que no cabe la lisonja; que hay, en los amantes de la verdad, en los que tienen fé en la mejora del género humano, en los que conocen el eficaz remedio, una necesidad de hablar, de guiar, de aconsejar, de juzgar, de analizar, que está esenta de toda mira y consideracion personal. Corto es el número de los críticos de Madrid, y largo el catálogo de los sinsabores que todos han sufrido, gracias á los tiros de la sinrazon. ¿Seguirá ese mismo sistema de reconvenciones, de quejas, de injurias que hasta aquí han atormentado el espíritu de cuantos han censurado á los actores, tan atrasados, generalmente hablando, entre nosotros en esto como en todo? ¿Habrá escenas como la célebre del café del Príncipe que costó un momento de amargura al actual comisario regio del Teatro Español? ¿Habrá otras como la que recuerdan un artículo titulado la *Actriz*, inserto en los *Españoles pintados por sí mismos* de que hace mencion el ilustrado y concienzudo crítico de la *España*? Por lo que á mí hace, no me arredra este riesgo; con igual independencia hablaré, sin jamás pensar en el individuo, sino en el arte. La decadencia de este es notoria: con reducidas escepciones, no tenemos ni teatros, ni escritores dramáticos, ni actores. Toda censura, empero, que el crítico se vea obligado á hacer, recaerá sobre el siglo, no sobre el individuo. El elogio corresponde á este, que, apartándose de una rutina fatal, dá principio á la nueva creacion artística.

J. DE S. Y QUIROGA.

UN LANCE DE CARNAVAL,

ó

UNA BROMA DE MI SUEGRA.

—Item: aquella á quien cuadre unir su suerte á la mía, por si acaso tiene madre, sepa que yo quien me ladre no quiero en mi compañía.



A PESAR de que en esta quintilla, fragmento de una composicion que en el mes de enero de 1847 lei en el Liceo de la ciudad de Soria, se descubre la instintiva antipatia que ya antes de cargar mis hombros con la santísima cruz del matrimonio, tenía para ese poco envidiable apéndice conocido con el nombre de *Suegra*; á pesar, repito, de todas mis prevenciones, de mi estudio y de mi resolucion, caí, como suele decirse, en la trampa y, queridos lectores, ¡cargué con *suegra*!

Y no os vayais á figurar que la mía es una suegra vulgar, una suegra cualquiera. ¡Oh! no; mi suegra vale por una docena de suegras, por cuanto, ella sola reúne tantas faltas, tantas sobras y tantos inconvenientes como pudieran hallarse en doce juntas.

Figuraos, si á bien lo teneis y el cuadro no os repugna, una mugercilla villosa, pequeña de cuerpo, larga de lengua,

roma de entendimiento, reñidora como un gallo y terca como un navarro y, despues que os diga que este es su verdadero retrato, podreis formaros una ligera idea de lo contentísimo que debo estar con mi muy amada suegra. Gracias á sus excelentes cualidades, saboreo el indecible placer de regañar siete veces por semana con mi cara mitad, de comer



con musica todos los dias y de acostarme de mal humor todas las noches: esto siempre es algo, y de este algo me confieso deudor á mi amabilísima mamá política. Pero ademas de estas indisposiciones cotidianas, que la fuerza de la

costumbre me hace considerar como *ligeras*, débola otras de mayor monta, que me proporciona de tiempo en tiempo, y á las que, aun cuando son sobrado frecuentes, califico de *extraordinarias*: estas deben agradar mas á mi médico, porque siempre acaban por dejarle alguna utilidad. Y aunque, si el sistema de Gall no es una quimera, en el cráneo de mi suegra no debe encontrarse muy desarrollada la parte ó rincón en donde los frenólogos colocan la inteligencia, tiene, sin embargo, un instinto singular, un acierto diabólico para inventar chismes, teger enredos y preparar camorras; y así es que sus esfuerzos casi siempre obtienen un brillante resultado, casi siempre son coronados por un trágico desenlace.

Para ella, enemiga mortal de los zapatos y protectora decidida de los zapateros, jamás una teja se desprende de un tejado, nunca una zanja la llega á servir de lecho, ni hasta el día ha habido un coche bastante ligero que alcanzase á rozar su piel: yo no sé como se las compone, pero lo cierto es que ya la creo menos vulnerable que Aquiles. Porque no es solo de estos peligros comunes de los que ella se libra: repetidísimas veces se ha visto en otros mucho mas peliagudos, y de todos ha salido intacta. ¿Hay alarma? pues de fijo podeis contar con que mi suegra ha estado en ella. ¿Queréis saber pormenores? pues mi suegra os los dará. Desde el siete de julio de 1822 en que, habiéndose hallado en lo mejorcito de la refriega, perdió el miedo á las balas, no hay poder humano que la impida echarse á la calle al primer síntoma de bullanga que se nota. Cuando la insurrección de Cardero, ella presenció en la Puerta del Sol la muerte de Canterac: el día en que Quesada desarmó á la Milicia Nacional de Madrid, ella se lo pasó todo entero haciendo la corte á los artilleros de la Plaza Mayor: en la tarde en que los soldados de la Guardia Real anduvieron á tiros con los nacionales, también, gracias á una casualidad, estuvo en las inmediaciones del cuartel del Hospicio: cuando la aproximación del pretendiente, no se contentó con recorrer todos los puestos, sino que, en alas de su afición, llegó hasta el centro de las avanzadas carlistas: á diez pasos del sitio en donde cayó el caballo del general Aldama, hallábase el día primero de setiembre de 1840: vino despues el siete de octubre de 1841, y roto ya el fuego, mi suegra atravesó la línea y fué á husmear lo que pasaba entre las filas de los insurrectos de Palacio: durante los catorce días de alarma del año de 43, no se la pudo sujetar un momento en casa, y en la noche del veinte y seis de marzo último, no solo pasó revista á las piezas de artillería colocadas en la Puerta del Sol, sino que, atravesando los fuegos, penetró en las calles del Lobo, Visitación, Prado, Príncipe y plazuela de Santa Ana, y cuando ya se hubo enterado bien de todo lo que en ellas habia, tomó la ruta hácia el rastro y presenció los de la Plaza Mayor, calle de Toledo y plazuela de la Cebada. Quince días despues todavía era mi casa el punto de reunión de toda la vecindad, á quien mi suegra entretenia repitiendo la minuciosa relación de estos sucesos.

Mas dejando sus correrías á un lado, y entrando desde luego en materia, voy á hacer, amabilísimos lectores, por justificar el título conque encabezo este, que vosotros, tal vez, llamareis *cuento*, y al que yo daré siempre otro apellido, contándoos una de las muchas bromas conque me ha embromado mi suegra.

La escena pasa en Madrid, en la época del carnaval del año de gracia de 1848.

Siguiendo una costumbre que he contraído en mi vida de soltero, he querido aquel año ir solo, sin compromisos de ninguna especie á solazarme á las máscaras; y aunque cada baile me costaba una pelotera con mi costilla, y una

granizada de insultos de su *adorable* mamá, firme en mi propósito, decidíme á hacer mi santa voluntad y llevar á cabo mi deseo. Fuí al primero, al segundo y al tercero, y ni en estos ni en los otros tres que los siguieron me ocurrió cosa alguna de particular. Pero llegó el penúltimo de Villahermosa -creo que era un martes-, y aun cuando extrañé la calma con que mi muger escuchó el «*Esta noche no me espere*» con que la saludé al tomar el sombrero, atribuílo, sin embargo, á la fuerza de la necesidad, y con el orgullo de vencedor y el contento del que se ha sacado el premio grande de la lotería, salí de mi casa y me dirigí al café. «Hasta aquí he sido de mi muger, pero ahora ya mi muger es mía» iba yo diciendo por el camino; y como todos los hombres débiles, me enorgullecía al pensar que una vez habia sido bastante fuerte.

Cuando llegó la hora me presenté en los salones de Villahermosa, con mas humos que un título de nuevo cuño, y mas alegre que un escolar en día de vacaciones.

—¿Te diviertes mucho? me preguntó á poco rato una máscara que sin ceremonia alguna vino á apoyarse en mi brazo.

—Acabo de llegar y aun no he comenzado, pero pienso divertirme si tú tienes la amabilidad de ayudarme, le contesté.

—¿Sospechas quien soy?

—No, pero sé que eres hermosa, encantadora, divina.

—Como sigas así, pronto agotas el diccionario de la gallería,

—Para criaturas tan adorables como tú, nunca faltan palabras.

—¿Y quien te ha dicho que yo sea adorable ni adorada?

—Tu cuerpo y mi corazón.

—¿Y estás seguro de que ni mi cuerpo ni tu corazón te engañan?

—Tan seguro, que desde luego me ofrezco con el mayor gusto, á ser, esta noche tu galán, y siempre tu mas rendido adorador.

—Ganas me dan de admitir tu oferta para ver hasta donde llega tu seguridad.

—Me harías el mas dichoso de los mortales; pues aun cuando la egoísta careta no me permite ver tu rostro, mi corazón, que nunca me engaña, me dice que es tan divino como tus ojos, y tus ojos me tienen ya fascinado.

—Ja, ja, ja, ja. Eres un profesor consumado en el arte de la adulación, y desde luego to voy á imponer un castigo: serás mi caballero por esta noche.

(La continuación en el próximo número.)

SONETO.

Cogieron á un gallego junto al puerto
los civiles, y habiendo convenido
que el matarle era caso decidido,
quisieron dar un susto al inesperto.

Con pólvora no mas, esto es lo cierto,
le tiraron: del trueno al estampido,
cayó en tierra redondo y sin sentido
pensando el infeliz que estaba muerto.

Pero al verle caer con tal presteza
huyeron los civiles al contado
creyendo haberle muerto, en su torpeza.

Volvió de su congoja el desgraciado,
y es fama que, empuñando la cabeza,
esclamó: *Dios me haya perdonado.*

J. M. VILLERGA.

MISCELÁNEA.

SORDO MUDOS EN LOS ESTADOS UNIDOS. Según el informe oficial presentado por la comisión encargada de la administración de la escuela de sordo-mudos, el número de alumnos de aquella institución ascendía el 1.º de enero de 1848, á 223. En el transcurso del año murieron 2, salieron 39, y 36 mas, fueron admitidos, y por consiguiente el 1.º de enero pasado el número de los alumnos era de 220. El Estado de Nueva York sostiene á 160 de ellos; el de Nueva Jersey, 8; la ciudad de Nueva York, 16; 26 están mantenidos por sus padres, 1 por el comisario de la emigración, y 9 gratis por la institución.

Acrecentamiento de los cristianos desde el siglo primero hasta el presente. En el primer siglo se contaban solo quinientos mil cristianos; en el segundo se contaban ya dos millones y siete; en el tercero cinco millones; en el cuarto diez millones; en el quinto quince millones; en el sexto veinte millones; en el séptimo veinte y cinco millones; en el octavo treinta millones; en el noveno cuarenta millones; en el décimo cincuenta millones; en el undécimo sesenta millones; en el duodécimo ochenta millones; en el décimo tercio sesenta y cinco millones; en el décimo cuarto ochenta millones; en el décimo quinto cien millones; en el décimo sexto ciento veinte y cinco millones; en el décimo séptimo ciento ochenta y cinco millones; en el décimo octavo doscientos cincuenta millones y finalmente en el décimo nono se calculan doscientos sesenta millones.

ANTIGÜEDADES DE AMÉRICA. Dice un diario de Nueva Orleans que varios restos de antigüedades de América acaban de llegar á aquella ciudad, encontrados en Sierra Madre, cerca de San Luis de Potosí, en Méjico, por un viajero americano. Estas antigüedades, que consisten en dos ídolos y una fuente destinada á los sacrificios, fueron halladas en algunas escavaciones hechas por aquel viajero entre las ruinas de una ciudad sepultada en la tierra, de la que ni la tradición ni la historia habían dado jamás idea. Los ídolos son de piedra maciza, del tamaño de la estatura regular del hombre, y se conservan intactos. Los diarios de donde tomamos estas líneas consideran estas reliquias de la antigüedad, como las mas preciosas de esta especie que jamás se han encontrado en el continente de América.

Uno de estos dos ídolos tiene dos caras, que representan, una la juventud y otra la vejez, cruzado en todas direcciones por símbolos mitológicos y gran número de geroglíficos. El otro representa el Dios del dolor, á quien rendían culto, para ofrecerle las lágrimas que derramaban y pedirle en sus oraciones la redención de todo pesar. La fuente destinada á los sacrificios, tiene dos y medio pies de diámetro y está trabajada con mucho gusto y habilidad; la sostienen dos serpientes que van en todas direcciones, simbolizando la eternidad, á la manera de los antiguos egipcios.

MUSEO DE NUEVA-YORK. En la Crónica de dicha ciudad leemos lo siguiente: La curiosidad, que es la peor de todas las tentaciones, nos llevó como por encanto en uno de los días de la presente semana á los salones del Museo Americano. Confesamos que millares de veces, al recorrer la bulliciosa calle de Broadway, echamos nuestra vista á los cartelones y transparentes que forman la fachada de aquel edificio, y lo primero que vemos es el cuadro que representa las colosales dimensiones del gigante de Norfolk y su mejor mitad.

Acostumbrados como estamos á leer pomposos carteles teatrales ó musicales, y hechos también á llevar garrafales chascos, al oír pobres conciertos y ver miserables representaciones después de haber leído prodigios y maravillas escritos en letras de molde, dudamos de la buena fé del propietario del Museo, y en mas de una ocasión le censuramos por el

abuso que hace de la paciencia y bondad del público, atrayéndole, y lo que es peor, escamoteándole algunas pesetas por vía de entrada.

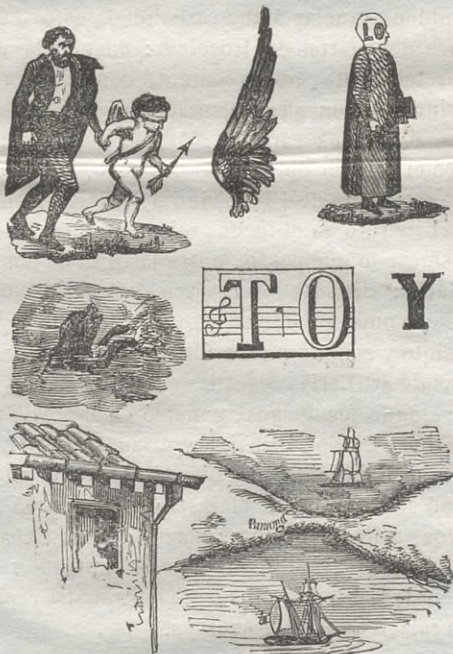
Siempre que, ó por ociosidad, ó por ver las beldades que *con shape of faire lightness* se pasean á ciertas horas por el fashionable Broadway, cada vez repetimos, que por cualquiera de estas cosas teníamos que dirigir nuestros pasos por delante del Museo, otras tantas protestas hacíamos de no caer en la trampa que creíamos se nos preparaba con el monstruoso transparente que representa los dos gigantes exhibidos en el Museo Americano.

¡Pobres mortales! y que poco valen sus propósitos cuando se mete en medio el aguijón de la curiosidad! Cedimos al impulso de ese maldito aguijón, pero esta vez lejos de salir chasqueados como en mil otras ocasiones, encontramos que el gigante de Norfolk es realmente un aborto de la naturaleza, un fenómeno digno de verse; basta decir, que á pesar de nuestra prevención anticipada, le medimos atónitos de *cabo á rabo*, como suele decirse, y después de contemplar por algunos minutos aquella pirámide animada, salimos del Museo contentos y satisfechos.

Sentimos que la hora en que hicimos nuestra improvisada visita al gigante, fuese demasiado temprana para que pudiésemos conocer á la gigante con quien se ha unido aquel en blando matrimonio no hace muchos días, cuya corpulencia causa la misma admiración. Si hubiésemos podido ver á este par de angelitos juntos, sin duda habríamos envidiado la felicidad de su *luna de miel*.

Para que nuestros lectores formen una idea de las colosales dimensiones del gigante, bastará decirles que mide 62 pulgadas al rededor del pecho, 64 por el abdomen, 36 de hombro á hombro, 36 los muslos y 21 las pantorrillas.

GEROGLÍFICO.



Este periódico sale todos los domingos.

Cuesta 5 rs. mensuales en Madrid, y 6 en provincias. Para los suscritores á la *Reforma* un real menos.

Se suscribe en Madrid en la administración de este periódico, y en las librerías de Castillo, Gaspar y Roig, Monier y Gonzalez. En provincias, en casa de los comisionados de la *Reforma*, y en todas las administraciones de correos.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION se halla en la calle de la Magdalena, número 17, cuarto bajo.

La correspondencia se dirigirá al administrador, franca de porte.

MADRID.

Imprenta de LA REFORMA, A CARGO DE L. BARTHE,
Calle de la Magdalena, núm. 17, cuarto bajo.